

Año I

N° 1

TIEMPOS NUEVOS



Sumario

La Redacción: Primeras palabras --

Fabio: Fuerza y derecho -- León

Felipe: El payaso de las bofetadas -- Jonathan

Swift: Modesta proposición -- Roberto:

El problema de España.

Notas - D.: Flecha descarriada -- A.

M.: Hombres y libros--

P. H. D.: Una definición del capital --

F. Ch.: El Sindicato.

0 Precio : 15 francos

Toulouse

Enero 1945

27817

TIEMPOS NUEVOS

Revista del Movimiento Libertario Español

Redacción y Administración : Bourse du Travail, Place Saint-Sernin
Toulouse



Primeras palabras

Aparece esta Revista en vísperas de una época nueva para España. Los que la fundamos no tenemos otra preocupación que el problema español. Vamos a poner en el estudio de ese problema todo nuestro saber y entender. Queremos que esa época que va a comenzar difiera radicalmente del pasado, que conserve de éste lo que aun vive, y que acabe para siempre con lo ya caduco o podrido.

Los acontecimientos arrastran la mayor parte de las veces a los hombres. Pero alguna vez los hombres han marcado el rumbo a los acontecimientos. Queremos, en los tiempos que se avecinan, que la huella de la voluntad del hombre sea predominante. Y ni una línea aparecerá en estas columnas que tienda a otro objetivo.

Desde los más diversos puntos de vista, el problema de España, los problemas que se nos van a plantear en España, van a ser presentados, analizados aquí, sin disimular ninguno de sus aspectos. Sean cuales fueren los autores de los trabajos que publiquemos, y cualesquiera que sean la nacionalidad y la época de sus autores, no habrá, entre líneas —el lector tendrá ocasión de comprobarlo—, otro cuidado que el de esos problemas. Problemas que, en general, con tales o cuales matices diferentes, son los de todos los pueblos.

El mundo va a salir de una tragedia sin precedentes. Uno de los primeros actos de esa tragedia, sin duda el más odioso, se desarrolló en España. Gentes para las que no existe en ninguna

O. p. u. e. 27817

lengua calificativo adecuado, sumergieron a nuestro país en un caos espantoso. La vida del pueblo español quedó como en suspenso. Como en suspenso sigue. Todo hace prever que ese dilatado interregno de vida que no es vida va a terminar. Vamos a volver a España. Vamos a encontrar allí millares y millares de españoles que, como nosotros, no han pensado en otra cosa, durante esos largos años de angustia, que en hallar el modo de que España salga del abismo en que fué precipitada y no corra el riesgo de caer en otro. El apretón de manos de los españoles que en España han sufrido los horrores de la tiranía franquista y de los que aquí y en otros países hemos pasado las amarguras del destierro, debe ser promesa de evitar ese peligro. Amenazaría al porvenir, que está ante nosotros como una página en blanco.

Tenemos que afrontar la liquidación del pasado sin titubeos, y hay que liquidarlo totalmente. No vamos hacia una continuación del ayer, sino hacia una era nueva, sin relación alguna con él. Va a quedar atrás el tiempo en que la ética era desconocida. Habrá que justificar, con el proceder, la existencia. Todo lo que es indecente tendrá que desaparecer en absoluto. Porque estaban en peligro modos de vivir indecentes surgió en España el franquismo. No se le busquen razones de otra índole. Surgiría otra vez, con cualquier otro aspecto, si perduraran sus causas. Se han de arrancar de raíz. Tal es, en esencia, el problema de España.

Vamos a trabajar aquí para elucidarlo, en su conjunto y en sus detalles. Queremos volver a España con las mejores armas preparadas, y estamos seguros de encontrar allí acogida ferviente cuando llegue la hora de nuestro regreso. Y con los que allí nos esperan emprenderemos el camino hacia esos tiempos nuevos que exige la hora que vivimos, y que de antemano dan nombre a nuestra revista.

Fuerza y derecho

EL derecho es hijo de la fuerza. Las teorías que sostienen lo contrario carecen de fundamento. El vencedor ha impuesto siempre al vencido normas y leyes. Jamás hubo entre uno y otro contrato. En todo caso, ficción de contrato. Porque toman esta ficción por realidad, muchos tratadistas nos pintan el derecho como una serie de acuerdos entre los hombres para regular su convivencia. Tales acuerdos, si se investiga bien, no aparecen por parte alguna. Hasta en las luchas pacíficas modernas, dentro de cada país, las mayorías, es decir, la fuerza, imponen a las minorías cuanto les place. Las mayorías respetan los llamados derechos de las minorías mientras no son una amenaza para sus proyectos. Desde el momento en que los derechos de las minorías impiden lo que las mayorías tratan de hacer, éstas disponen y ejecutan sus planes sin más dilación. Las minorías aceptan el hecho consumado en espera de convertirse en mayorías e imponerse a su vez. Y así se realizan todas las transformaciones del derecho. Llamar a esa aceptación forzosa de las minorías contrato es violentar el lenguaje. No se establecen contratos valederos sino entre iguales. Nunca la minoría ha sido igual a la mayoría. Nunca el vencido ha sido igual al vencedor.

Europa ha estado a punto de ser sometida a los designios de Alemania. Para nada era tenida en cuenta la opinión de hombres y pueblos sobre lo que se les imponía. Alemania va a ser vencida. No es de pensar que nadie crea se va a tener en

cuenta la opinión de los alemanes sobre el régimen a que van a ser sometidos. No tanto por culpables de la guerra, que sería motivo de discusión, como por vencidos. En España, cuando Franco venció, sus adversarios no fueron consultados, y a muchos, sencillamente, se les asesinó. La Historia está llena de hechos semejantes. La ficción de contrato ha venido después, cuando el vencedor, juzgando su victoria asegurada, ha permitido una simulación de igualdad entre él y sus vencidos. El menor síntoma de peligro para su conquista echaba por tierra todo el artificio. Los períodos de paz que han atravesado los pueblos han dado la sensación de que el derecho estaba asegurado por sí mismo, de que no reposaba en la fuerza, de que todos los hombres gozaban de él. Era un goce por el no uso. En cuanto el débil disponía de usar el derecho de que al parecer gozaba, descubría que era humo en el viento. Tenemos infinidad de derechos, parcelas insignificantes del derecho único, reconocidos en códigos y constituciones. ¡Desgraciados de nosotros, si no poseemos la fuerza, en el momento en que queremos entrar en el disfrute de ellos! Esos mismos códigos y esas mismas constituciones donde son reconocidos de manera notoria descargarán sobre nosotros prohibiciones y condenas.

Sería fácil aportar, en apoyo de lo dicho, innumerables testimonios. Bastará citar a algunos autores contemporáneos. Un tratadista belga, Edmond Picard, que es un enamorado del derecho, para quien apenas existe otra cosa en las sociedades que el derecho, confiesa que éste, en su origen, es siempre impuro. Cree que después se purifica y es norma de conducta casi perfecta para el hombre. Creencia infundada. El profesor León Duguit, que cala más hondo, afirma que, como el derecho está en perpetua transformación, lo mismo que las sociedades, constantemente es impuro. El sociólogo Gumplowicz comparte esta opinión al desentrañar los orígenes sociales del derecho. Pero la síntesis más acabada y profunda de lo que ha sido y es el derecho la debemos a un hombre ajeno al menester del derecho: a Tolstoi. El gran escritor llega, en su *Carta a un estudiante de derecho*, como en todo lo que puso la mano, a la entraña del problema. Esa simple carta —la simplicidad es el elemento principal de la grandeza de Tolstoi—, casi familiar, es un resumen de la historia del derecho, un juicio, agudo como de Tolstoi, de lo que es el derecho, y una crítica implacable de lo que se juzga el derecho. Todos los tratados de los profesores de derecho, tan pacientemente elaborados, no son otra cosa, ante esa página maestra del genial escritor ruso, que balbuceos de niño en sus primeros intentos de articular las palabras.

En realidad, el derecho, tal como nos lo presentan sur teóricos, no existe. Contamos con centenares de definiciones impe-

cables. Escojamos una, que resume, en lo esencial, las mejores. « El derecho es el respeto, en el prójimo, de la dignidad humana ». Imposible poner reparos al derecho así concebido. Pero es eso, una concepción. La dignidad humana no ha sido respetada jamás en el prójimo, excepto individualmente, y no de una manera constante. El débil nunca ha sido respetado por el fuerte; ha sido maltratado, oprimido, explotado por él. La caridad que a veces le ha concedido no era respeto, sino desprecio, y cuando se ha sublimado, amor. Los pueblos pequeños han vivido por la condescendencia de los grandes, no por su respeto. El esclavo debía la vida al capricho de su amo, el siervo al de su señor, el proletario moderno, cuando se presenta aislado, la debe al de su patrono. Esclavo y siervo no eran iguales ante las leyes al amo y señor. El proletario sí es igual, ante la ley, al patrono. Inútil hablar de lo que significa esta igualdad. Ha hecho falta que el proletario se una a los demás proletarios para lograr imponer un poco de respeto al que dispone, con el trabajo, de su vida. La fuerza, como siempre, ha creado el derecho.

El crimen no ha sido nunca crimen en el vencedor. Y no hay mayor falta de respeto a la dignidad del prójimo que convertirle en víctima. Toda la Historia es una larga procesión de víctimas. A veces los vencedores de ayer han perdido su predominio y les han sido impuestas las normas que habían impuesto. El derecho pasaba de una fuerza a otra. No era una regla para todos, aunque pregonara serlo. Ante los intérpretores del derecho, cuando los había, el vencido jamás tenía razón. Estaba condenado de antemano. Tales procedimientos se han suavizado con el tiempo, cuando se han vivido periodos de calma. Tras las aparieicias de respeto para todos se ocultaba, pronta a surgir ante el menor contratiempo, la cruda realidad : el hombre aislado, los hombres aislados, si se atrevían a reclamar lo que juzgaban poseer, descubrían que no peséian nada. Todavía hoy, ante cualquier tribunal, intérprete del derecho, como vivimos bajo un régimen de derecho de propietarios, el propietario y el no propietario se presentan en un plano de desigualdad escandalosa. Aquél es el vencedor y éste es el vencido, diga lo que diga la ley y la constitución. La comprobación de ese hecho da origen a todas la demagogias, que cuando disponen de la fuerza y se imponen transforman a su vez, a su guisa y en su beneficio, el derecho.

El respeto, en el prójimo, de la dignidad humana, que hemos visto es la expresión más alta del derecho, no es, hasta ahora, más que una aspiración. Difícilmente superable. Difícilmente realizable también. Ser vencedor y comportarse con el vencido como con un igual no esta todavía al alcance del hombre. Tendría que transformarse radicalmente para ello.

Tal transformación no es fácil. Sólo algunos santos y algunos anarquistas han llegado al desprendimiento de su poder o de su fuerza ante sus semejantes. Pudiendo disponer de ellos, se han dado a ellos. Pudiendo explotarles, han compartido con ellos su pan y su lecho. No se han sentido libres si no eran libres los que les rodeaban. No han visto en ellos débiles a quienes oprimir, sino seres que necesitaban ayuda para sobreponerse o su debilidad. Las constituciones han recogido, de esa fuente prístina, principios de derecho. Castillos en el aire. Las colectividades, desgraciadamente, no están compuestas de santos o anarquistas. La colectividad que vence quiere someter siempre a la colectividad vencida. El ejemplo tan dilatado de todos los tiempos prevalece. No pocas veces el vencedor ha estado animado por las mejores intenciones. Las vicisitudes de la lucha le han llevado a obrar como sus antecesores. Era más fácil. Así se resolvían todas las dificultades. La fuerza, creadora de derecho, se ha convertido de tal modo, constantemente, en el único derecho.

El hombre ha de encontrar un día salida a ese callejón sin salida. No es digno de él saber lo que es el derecho y no realizarlo. La fuerza es un instrumento, no el fin para que se emplea el instrumento. Gozar, en teoría, de innumerables derechos, y no poseer, en la práctica, sino aquellos que no molestan, por el momento, al que dispone de la fuerza, coloca al hombre en una situación nada airosa. Al que dispone de la fuerza y al que es sometido por la fuerza. La obediencia a que se es obligado es tan vergonzosa para el que obedece como para el que hace obedecer. No buscar camino para salir de ese atolladero es para el hombre consentir a una vida inferior, tanto si es el que impone el derecho como si es el que se somete a él. Los tiempos han estado siempre preñados de cosas todavía no vistas. Esas cosas se han malogrado constantemente. Lo que pudo ser el comienzo de una era nueva se convirtió en una repetición desgraciada de lo ya vivido. La fuerza, bajo otro cariz, reaparició y volvió monstruoso lo que acababa de nacer con pujanza para transformar el mundo. Asistimos ahora a una gravidez del tiempo casi sin precedentes. Si se está al acecho de lo que va a nacer, con los ojos muy abiertos, hacia el pasado y hacia el porvenir, acaso no se malogre.

La fuerza ha sido, hasta hoy, el único derecho. Pero no siempre la fuerza que ha creado el derecho ha sido una fuerza auténtica, propia, del que ha impuesto el derecho. Lo contrario es más cierto. Minorías que han sabido explotar la fuerza de las mayorías han sometido a éstas a su capricho. Los azares de la Historia han rodeado de fuerza a tiranos débiles, que un ademán de la verdadera fuerza habría bastado para derribar. Recuérdese, aquí, el caso de Franco. Los trabajadores, que com-

ponen la mayoría en todos los países, han estado eternamente sometidos a un derecho no creado por ellos, nacido, por tanto, de una fuerza ficticia. Cuando vivían aislados, era explicable que así sucediera. Desde que, unidos, tienen conciencia de su fuerza, la explicación no es tan fácil. Si la preñez de los tiempos que vivimos trae al mundo, como sería lógico, un predominio del productor, podremos entrar en una era de derecho nuevo, o simplemente en la era del derecho. El hombre que trabaja respeta al hombre que trabaja. El trabajo es dignidad. No el trabajo impuesto, sino el trabajo elegido. El respeto del trabajo es respeto de la dignidad. La era del trabajo respetado puede ser la era del derecho. Por primera vez en la Historia la teoría del derecho estaría de acuerdo con la práctica del derecho. El respeto, en el prójimo, de la dignidad humana, no sería ya una aspiración, sino un fin alcanzado.

Un derecho nacido de la fuerza de los productores sería un derecho real, como hijo de una fuerza real, y podría ser el derecho definido y no conocido por los teóricos. Hasta ahora la fuerza creadora del derecho ha sido una fuerza prestada, insegura, y de ahí la inexistencia del derecho tal como es definido. El señor feudal no disponía de otra fuerza que la de sus siervos. Con esa fuerza creaba el derecho gracias al cual sometía a esos mismos siervos. El capitalista moderno no dispone de otra fuerza que la de su riqueza, no creada por él solo, suponiendo que intervenga por algo en su creación, sino por centenares y millares de trabajadores. Y con esa fuerza crea el derecho que somete a los trabajadores. El peligro en que éstos, tomando conciencia de su fuerza, han puesto al derecho capitalista, al derecho que nos rige, derecho de una ínfima minoría, ha traído el desequilibrio del mundo actual. Donde ese peligro era más inminente, el capitalista, al ver que se le escapaba la fuerza con que disponía de todo, la ha tomado en manos y, desesperadamente, ha hecho saltar normas y leyes y creado un derecho nuevo, inseguro como siempre, por reposar en una fuerza ajena. El derecho de propietarios bajo el que vivimos asiste a sus últimos momentos, porque los no propietarios son en todas partes mayoría y sin duda van a disponer por cuenta propia de su fuerza.

Con el derecho nacido de la fuerza de los productores cesaría el fenómeno inexplicable de un derecho hijo de una fuerza que carece de fuerza. Y terminaría asimismo toda imposición. La fuerza no tiene por qué imponerse a sí misma. La fuerza auténtica es vaso lleno que rebosa y se derrama, generosamente, no puño que oprime. Todo el aspecto repulsivo que ha revestido la fuerza a través de los tiempos no ha dependido de ella. Ha dependido de que ha estado en poder ajeno, de que ha dependido de ella quien no era fuerte por sí mismo, de que la han

tenido en manos, realmente, los débiles. Forzosamente han debido sostener su debilidad con coacciones y violencias. Un propietario de esclavos frente a millares de esclavos, un señor feudal frente a millares de siervos, no eran los fuertes. Un propietario actual frente a millares de no propietarios, no es el fuerte. Cesó el poder de dueños de esclavos y de señores feudales, que carecía de bases. Cesará el del propietario contemporáneo, que carece igualmente de fundamento. Si lo sustituye el poder de los productores, hijo de fuerza propia, real, la palabra derecho comenzará a tener sentido. No quedarían fuera del derecho más que los no productores. De ellos dependería entrar en su disfrute. Bastaría que se pusieran a trabajar. Con lo que también entrarían de lleno en la moral. Porque trabajar es el acto moral por excelencia. A los esclavos no les era posible transformarse en propietarios de esclavos, ni a los siervos en señores feudales. No podían, por tanto, entrar nunca en el derecho. Los no propietarios actuales no pueden convertirse en propietarios. Tampoco pueden, pues, entrar en el derecho. Los no productores sí pueden convertirse en productores. Tienen así abiertas, de par en par, las puertas del derecho.

El derecho ha estado siempre ante el hombre en espera de ser realizado. Se ha realizado en teoría. Nunca en la práctica. Pocas ocasiones ha tenido de realizarse, en la práctica, como la que se prevé. Las riendas del mundo parece que van a caer en manos de los productores. La fuerza auténtica podrá, en ese caso, realizar un derecho auténtico. Los hombres podrán dejar de estar sometidos a algunos de sus semejantes sin otra fuerza que la que ellos les prestan. La intervención directa de los productores en los destinos de la sociedad puede hacer ésta soportable, lo que no ha sido hasta ahora, en rigor, sino para unos cuantos, para aquellos que han dispuesto de la fuerza de todos y con ella del derecho. Si esta ocasión se malogra, como tantas otras, será cuestión de atravesar nuevamente épocas de desequilibrio y de caos, con un derecho perfecto como aspiración, pero en realidad inexistente. Y si no se malogra, no habrá que creer que hemos llegado a la perfección. La perfección no está nunca donde se llega, sino mas allá.

FABIO.

El payaso de la bofetadas

Don Quijote no es una entelequia

EL poeta prometeico aparece siempre en la Historia como un personaje imaginario. Pero lo imaginario prometeico gana realidad y la realidad doméstica se pierde en las sombras de la Historia. La Historia la compone el sueño de los hombres: Edipo, Don Quijote, Fausto, Zaratustra. Los sueños son la semilla de la realidad de mañana y florecen cuando la sangre los riega y los fecunda. La Historia es sangre y sueños.

España es el sueño de Don Quijote. Y Don Quijote no es más que la España legítima, viva y actual.

Y hay un momento en que el sueño se hace carne y la carne sueño.

Nunca habíamos visto a Don Quijote tan hecho realidad como ahora, ni a España tan hecha ilusión. ¿Quién sabe ya cuál es la realidad y cuál es la ficción?

¿Es que España y Don Quijote son dos cosas distintas hoy? Decidlo vosotros. Que lo diga el mundo. ¿No es Don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas? ¿Qué otra cosa es ahora España?

Sabíamos ya que Don Quijote no era una entelequia. Más que saberlo lo adivinábamos. Pero después de esta guerra ¿quién podrá dudarle ya? ¿Quién podrá decir de hoy en adelante que el *Caballero de la triste Figura* no ha pasado por la Tierra, que no está ahí todavía, desafiando con una lanza rota toda la maquinaria bélica del mundo? ¿Quién dirá que no le conoce, que no le ha oído gritar pidiendo justicia en los tribunales de Ginebra? ¿Quién dirá que no ha escuchado las risas, las carcajadas, la mofa de todos los poderes del mundo — los civiles, los guerreros, los eclesiásticos — confabulados con el bachiller traidor y bastardo, vencido una vez y resentido siempre? ¿A quién no ha hecho reír de nuevo este pobre clown de las bofetadas, que cae y se levanta una vez, diez veces, cien veces, mil veces, con la palabra *justicia* en la boca? Sí. Don Quijote es un clown lo mismo que España: El clown de las bofetadas. Porque, ¿para qué imaginó Cervantes este engendro, sino para divertir a los hombres? Y Dios, ¿para qué creó a España, sino para divertir al Olimpo? Fue una invención original y monstruosa este truco de la justicia de Don Quijote, con el que tanto se había de reír el universo entero.

Porque Don Quijote no está loco. Y si está loco, ¿por qué está loco? ¿Quién ocasiona esta locura? Sobre esto no puntualiza bastante el cronista. No olvidemos que al principio del libro Cervantes no es ni cronista siquiera. No es más que un empresario de circo.

Don Quijote está loco para nosotros porque los resortes que mueven esa capacidad de transbordo que hay en todo poeta prometeico para pasar de lo euclidiano a lo místico, de lo doméstico a lo esencial, se mueven en él con una rapidez y una pasión inusitadas, al conjuro sólo de la palabra *justicia*.

No está loco. Está en un grado de humanidad al que no ha llegado casi ningún hombre todavía. Y no es verdad que a Don Quijote le subiesen a este grado, a esta tensión humana que se ha llamado locura, la lectura de los libros de caballería, si no el concepto platónico de la justicia. Platón, Platón es el responsable, y no el autor del Amadís de Gaula. Don Quijote no sale a buscar aventuras para imitar a aquellos caballeros que crea la imaginación medieval y que entran en el Renacimiento con una cabalgadura barroca y en lenguaje confuso. Don Quijote sale a poner en práctica su evangelio español, el evangelio de la justicia, que ahora conviene recordar para que sepamos todos quién es su legítimo heredero y por dónde se ha de trazar la línea divisoria que parta España. Porque la línea no se ha trazado bien. Por lo menos no se ha trazado con medidas españolas. No se trata de comunismo ni de fascismo. La cuestión es más vieja y viene de más alto.

El hombre es lo que importa

España, la verdadera España, la España de las esencias, está de vuelta de todas esas aventuras de ambiciones imperiales que ahora mueven a los pueblos totalitarios. Los problemas de esos pueblos son epidemias infantiles que España venció hace ya tiempo a costa de mucha sangre y de muchos errores. El problema eterno de España, el de ayer y el de hoy y el que no ha resuelto todavía, no es el problema del imperio, sino el problema del hombre. España, la que está contenida más en la curva poética de nuestro evangelio quijotesco, que en la curva doméstica de nuestra historia, no es un pueblo medieval y atrasado como se sigue repitiendo todavía. Es un pueblo que tiene como ningún europeo la capacidad prometeica de transbordo, la gracia poética de anteponer lo esencial y eterno del hombre a lo contingente y episódico de la vida : a su hacienda, a su casa, a su familia, a su ciudad, a su patria. ¿ Qué importa España ante el español ? ¿ Qué importa Madrid ante el madrileño ? ¿ Qué importa el mundo ante el hombre ? El hombre es lo que vale. El hombre con su temblor de llama en la sangre y con su fuerza prometeica en las entrañas.

Los pueblos nacen y se van; las ciudades se levantan y sucumben; las haciendas se pierden, las familias degeneran, pero el hombre está ahí siempre para empezar de nuevo cada día, para originar otros pueblos, para construir otras ciudades, para fundar otras familias, para gritar nuevamente a las estrellas con un nuevo dolor y un grito nuevo, pidiendo la luz y la verdad; para aplacar a los dioses, para vencerlos, para convencerlos y cooperar con ellos.

El hombre es lo que vale. Pero el hombre medido por su capacidad de transbordo y por su capacidad prometeica. No hay otras medidas. Y esta guerra nuestra de hoy, lo mismo que todas las guerras civiles de España, se alza, se encona y se prosigue para buscar al hombre; al hombre que se había hundido y ocultado bajo no sé qué capas de fango. Otros cavan en la tierra para encontrar el oro o el carbón de las minas; el español cava en el pecho de su hermano para encontrarse a sí mismo. Muchas veces he pensado que yo no me bato y lucho contra la traición de mi hermano, sino contra mi propia traición, porque ¿ qué español no venía desde hace mucho tiempo traicionando las eternas y genuinas esencias españolas ? No hay ningún inocente. No hay ningún español inocente. Ni tú español-mexicano, ni tú español que vives en América y dices : ¡ Oh, no, yo no estaba allí ! No te lamentes con la manos en la cabeza, ni grites desesperado : ¿ Por qué, por qué tanta sangre ?

Porque esa sangre se vierte por tus pecados y por tus traiciones también.

¿ Dónde está el español ? ¿ En qué sitio está el español ? Aun no hay más que barro y sombra. Confusión. Y odio por encima de todo. Sobre las ideologías y los intereses políticos que levantaron las primeras trincheras, ha quedado el odio dominándolo todo. Luchamos contra el odio. Y hay que matar al odio. Mañana, cuando el odio se haya caído de nuestras miradas, de nuestro corazón y de nuestras manos, como un arma inútil, como una herramienta inservible, sobre las ruinas, el llanto y la sangre de España, aparecerá no un comunista ni un fascista, sino un español : el hombre que ha buscado al hombre con más empeño en este mundo, por encima de todas las ideologías y de todos los partidos.

León FELIPE.

Una página del siglo XVII

Modesta proposición

para impedir que los niños de los pobres de Irlanda constituyan una carga para los padres o el país y para hacerles útiles al público

Es un espectáculo lamentable para quienes circulan por esta gran ciudad de Dublín o viajan por el campo el ver las calles, las carreteras y las puertas de las cabañas atestadas de pordioseras acompañadas de tres, cuatro o seis niños harapientos, importunando a los transeúntes para implorar limosna. Estas madres, en vez de ser capaces de trabajar para ganarse honradamente la vida, se ven en la necesidad de emplear todo el tiempo en mendigar a fin de dar de comer a sus desgraciados hijos, que, cuando son mayores, se hacen ladrones por falta de trabajo, o abandonan su país natal para alistarse al servicio del Pretendiente en España o se venden en las Barbadas.

Todos los partidos políticos están de acuerdo en decir que un número tan crecido de niños en brazos, a cuestras o pegados a los talones de sus madres, y a menudo de sus padres, constituye, dado el deplorable estado de este reino, una carga muy pesada; por lo cual el hombre avisado que encontrara un medio honrado, económico y fácil de hacer de estos niños miembros sanos y útiles a la comunidad, habría hecho bastante para merecer que se le erigiera una estatua como salvador de la nación.

Pero mi solicitud no se limita a los niños de los mendigos de profesión; apunta más arriba y se extiende a todos los niños de una cierta edad, nacidos de padres tan imposibilitados de proveer a sus necesidades como los que piden limosna por las calles.

Por mi parte, después de muchos años de dar vueltas al asunto y pesar maduramente las proposiciones de nuestros ideadores de proyectos, siempre he visto que se equivocaban groseramente en sus cálculos. Es cierto que un niño cuya madre acaba de dar a luz puede vivir de la leche de la misma durante un año solar, sin necesidad de otro alimento alguno; el gasto es de unos dos chelines todo la más o del equivalente en mendrugos que la madre puede sin duda procurarse mediante su legítima profesión de pordiosera. Precisamente cuando los niños alcanzan la edad de un año propongo adoptar a su respecto tales medidas que, en vez de ser una carga para sus padres o la parroquia, o quedarse sin alimentos y sin ropa hasta el fin de su vida, contribuyan, por el contrario, a alimentar y en parte a vestir millares de personas.

Otra ventaja de mi proyecto consiste en que impedirá los abortos voluntarios y la horrenda costumbre que tienen las mujeres de matar a sus bastardos, costumbre desgraciadamente demasiado extendida entre nosotros. Tales holocaustos de pobres pequeños inocentes, sacrificados más para evitar el gasto que la vergüenza, arrancarían lágrimas de compasión al corazón más inhumano y más empedernido.

Evaluando la población de este reino en un millón y medio de almas, hay que suponer que puede haber alrededor de doscientas mil parejas cuyas mujeres son fecundas; de este número descuento treinta mil parejas que pueden atender a la subsistencia de sus hijos (aunque, dada la miseria de este reino, no creo que haya tantas). Pero, supuesto esto, nos quedan ciento setenta mil mujeres fecundas. Reduzcamos aún cincuenta mil niños al año por abortos o por muertes debidas a accidente o enfermedad. Nos quedan cada año ciento veinte mil niños nacidos de padres pobres. La cuestión se reduce, pues, a esto: ¿Cómo criar esa multitud de niños y cuidarse de su suerte? Esto, como he dicho ya, es, en el estado presente de los negocios, completamente imposible con los métodos propuestos hasta ahora. No podemos, en efecto, emplearlos como artesanos ni como agricultores. No construimos casas (en el campo, conviene aclararlo) ni cultivamos la tierra; es extremadamente raro que puedan vivir de los productos del robo antes de la edad de dieciseis años a menos de presentar disposiciones muy particulares. Confieso sin embargo que aprenden los rudimentos mucho más pronto, lo cual permite, hablando con propiedad, considerarlos como simples aspirantes. Es lo que me ha explicado muy bien uno de

los principales habitantes del condado de Cavan, quien me ha asegurado que no ha encontrado nunca más de uno o dos casos de niños que robaran antes de cumplir los seis años, incluso en una parte del reino tan renombrada por su precocidad en este arte.

Nuestros tratantes me han asegurado que antes de los doce años un chico o una muchacha no son de buena venta; e incluso a esta edad no valen en la Bolsa más de tres libras o, todo lo más, tres libras y media corona, lo cual no indemniza a los padres ni al reino, pues los gastos de manutención y harapos valen por lo menos cuatro veces más.

Por lo tanto, voy a proponer humildemente mis propias ideas, con la esperanza de que no levantarán la menor objeción.

Un americano amigo mío, hombre cargado de experiencia, que conocí en Londres, me ha asegurado que un niño sano y bien alimentado constituye, cuando tiene un año, un alimento delicioso, nutritivo y sano, hervido, asado, estofado o al horno, y no dudo que no pueda servirse igualmente en fricasé o en salsa.

Propongo, pues, humildemente a la consideración del público que de los ciento veinte mil niños que hemos contado, se reserven veinte mil para la reproducción de la especie, de los cuales solamente una cuarta parte de varones, que es más de lo que se reserva para el ganado mayor, los carneros y los cerdos. Me fundo en que siendo estos niños raramente habidos en matrimonio — institución a la que nuestros salvajes prestan escasa atención, — un varón bastará, por consiguiente, para satisfacer a cuatro hembras. Los cien mil restantes pueden ofrecerse en venta, cuando tengan un año, a las personas de abolengo y acomodadas del reino, recomendando siempre a la madre que los amamante copiosamente durante el último mes, de modo que estén rollizos y presentables en una buena mesa. Con un niño habrá para dos platos en una comida entre amigos; si la familia come sola, el cuarto delantero o trasero constituirá un plato muy presentable. Condimentado con sal y pimienta, servirá para un excelente cocido a los cuatro días, sobre todo en invierno.

He calculado que por término medio un niño recién nacido pesa doce libras, y al cabo de un año solar, si se le alimenta pasablemente, alcanza veintiocho libras.

Convengo en que este alimento saldrá un poco caro; por esta razón será muy a propósito para los propietarios: puesto que han devorado ya a la mayoría de los padres, parecen tener derecho preferente sobre los hijos.

Podrá haber carne de niño durante todo el año, pero será más abundante en marzo, y un poco antes y un poco después, pues un grave autor, eminente médico francés, afirma que

siendo el pescado un alimento prolífico, en los países católicos romanos nacen más niños nueve meses después de la Cuaresma que en cualquiera otra época : por ello, a contar de un año después de la Cuaresma los mercados estarán aún mejor provistos que de costumbre, porque el número de niños papistas en este reino es al menos de tres contra uno. Lo cual procurará además la ventaja de aminorar el número de papistas entre nosotros.

He calculado que los gastos de manutención de un niño de mendigo (e incluyo en esta categoría a los labradores, los jornaleros y las cuatro quintas partes de los arrendatarios) se elevaban a cosa de dos chelines al año, harapos comprendidos, y no creo que ningún caballero se queje de pagar diez chelines por el cuerpo de un crío rollizo, que, como he dicho, proporcionará cuatro platos de carne excelente y nutritiva cuando sólo tenga a comer consigno a su familia o algún amigo particular. Así el hidalgo aprenderá a ser buen propietario y se hará popular entre sus arrendatarios; la madre ganará ocho chelines limpios y estará en disposición de trabajar hasta que produzca otro hijo.

Los más ahorradores (y hay que decir que los tiempos aconsejan el ahorro) pueden desollar el cuerpo; la piel, cuidadosamente preparada, proporcionará guantes admirables para las damas y calzado de verano para los caballeros.

En cuanto a nuestra ciudad de Dublín, podría instalar mataderos en los sitios más adecuados, y por cierto que no faltarán matarifes. Recomiendo, sin embargo, que de preferencia se compren críos vivos y se preparen recién degollados, como se hace con los lechones para asar.

Una persona dignísima y cuyas virtudes tengo en alta estima, ha tenido recientemente la bondad, meditando sobre este asunto, de proponer una enmienda a mi proyecto. Me decía que muchos caballeros de su reino han diezmado la caza mayor, lo cual le daba la idea de remediar esta escasez de caza con niños de ambos sexos, de catorce años como máximo y doce como mínimo, pues habiendo muchos en los momentos actuales que están a punto de morir de hambre, sus padres y madres (o, en defecto de éstos, sus próximos parientes) están dispuestos a deshacerse de ellos.

Pero con toda la deferencia debida a tan excelente amigo y digno patriota, no abundo completamente en su parecer; pues en cuanto a los varones, el americano conocido mío me asegura, sabiéndolo por experiencia, que con el ejercicio la carne se vuelve dura y correosa como la de nuestros estudiantes, adquiere un sabor desagradable, y cebar a los muchachos no cubriría los gastos. En cuanto a las hembras, pienso, con toda humildad, que el público saldría perdiendo, pues con aguardar un poco

más serían fecundas. Por otra parte, incluso es probable que muchas personas escrupulosas propenderían a censurar semejante medida (aunque sin razón, hay que decirlo) arguyendo que frisa la crueldad; objeción que, a mi modo de ver, ha sido siempre la de más peso contra cualquier proyecto por más bien intencionado que sea.

Algunas personas que se desalientan fácilmente están preocupadas por el gran número de gentes ancianas, enfermas o lisiadas y me han rogado que me devane los sesos buscando lo que puede hacerse para aliviar la nación de una carga tan pesada. Verdaderamente, semejante cuestión me preocupa muy poco, pues es bien sabido que tales gentes se mueren y se pudren cada día de frío, de hambre, de roña y de piojos, tan aprisa como es razonablemente de esperar. En cuanto a los jóvenes jornaleros, su estado actual da casi las mismas esperanzas: no encuentran trabajo y por consiguiente languidecen por falta de comida, hasta el punto de que no tienen fuerzas para hacer el menor trabajo que se les encargue; y el país y ellos mismos quedan libres de los males por venir.

Creo que las ventajas de mi proposición son evidentes y numerosas, así como de la más alta importancia.

Primero. Como ya he hecho observar, disminuiría considerablemente el número de papistas que nos inundan cada año, pues son los mayores fabricantes de crios de la nación, a la vez que los enemigos más peligrosos de la misma; y si permanecen en el país, es con el fin de entregar el reino al Pretendiente, contando sacar provecho de la ausencia de tantos buenos protestantes que han preferido expatriarse antes que quedarse en su casa y pagar contra su conciencia el diezmo a un cura episcopal.

Segundo. Incluso los más pobres poseerán algo propio que la justicia podrá embargar y destinar al pago de la renta de su propietario, pues tienen el trigo y el ganado embargados ya y el dinero es para ellos algo desconocido.

Tercero. Considerando que la manutención de cien mil niños de dos años y más no puede evaluarse a menos de diez chelines por cabeza y año, el haber de la nación aumentará con ello en más de cincuenta mil libras al año, sin contar el provecho de un nuevo plato introducido en las mesas de todas las personas ricas del reino dotadas de alguna delicadeza de paladar; así el dinero circulará entre nosotros, puesto que el artículo ofrecido será enteramente de nuestra cosecha y fabricación.

Cuarto. Los productores regulares, además de la ganancia anual de ocho chelines por la venta de sus niños, se verán descargados de su manutención, pasado el primer año.

Quinto. Este alimento aumentará la afluencia de consumidores en los fígones, pues sin duda los fondistas no dejarán de

procurarse las mejores recetas para guisarlo a la perfección; por consiguiente, sus establecimientos serán frecuentados por todos aquellos caballeros elegantes que fundan en sus conocimientos culinarios la alta estima en que se tienen a sí mismos; y un cocinero hábil que sabe cómo se atrae a los clientes, sabrá muy bien hacer que estos guisos resulten tan caros como quieran los clientes.

Sexto. Sería un gran acicate del matrimonio, que todas las naciones sensatas fomentan con recompensas o imponen con leyes y penalidades. Asimismo, al tener la seguridad de que el público corre en cierto modo con los gastos de manutención de los hijos, se acrecentará el cuidado y ternura de las madres hacia sus pequeños, que en vez de costarles dinero, lo producirán. Veríamos una honesta emulación entre las mujeres casadas, compitiendo entre ellas para ver cuál lleva al mercado el crío más gordo. Los hombres, por su parte, colmarían de atenciones a sus mujeres encinta, como hacen ahora con sus yeguas, vacas y marranas a punto de parir, y no las amenazarían nunca más con el puño o el pie (como ahora ocurre con excesiva frecuencia) por miedo del aborto.

Otras muchas ventajas podrían enumerarse. Por ejemplo, aumentaría de unos cuantos millares de cabezas nuestra exportación de buey en barrica; el consumo de la carne de cerdo sería más abundante; se perfeccionaría la manera de hacer buen tocino, que tanta falta nos hace, a consecuencia de la gran destrucción de lechones, que se sirven con demasiada frecuencia en nuestras mesas sin poder en modo alguno compararse, como gusto y magnificencia, a un niño de un año, gordo y bien cebado. Un niño asado entero haría magnífico efecto en un banquete del lord-alcalde o cualquier otro festín público. Pero hay muchas otras ventajas de que no hablo porque quiero ser breve.

Suponiendo que un millar de familias de esta ciudad compren regularmente carne de niño, sin contar con lo que se consumiría en las partidas de placer, particularmente bodas y bautizos, calculo que Dublin se quedaría veinte mil niños al año, y el resto del reino (donde probablemente esta carne saldría más barata) los ochenta mil restantes.

No preveo ninguna objeción seria a mi proposición, a menos que no se alegue que la misma hará disminuir la cifra de la población. Pero este punto, que estoy lejos de negar, es incluso una de la principales razones que me ha movido a hacerla. Que el lector tenga bien en cuenta, se lo ruego, que mi remedio está única y exclusivamente destinado al reino de Irlanda, con exclusión de cualquier otro reino que haya existido o pueda existir sobre la tierra. Que no me hablen, pues, de otros expedientes como el tasar con cinco chelines por libra a los propietarios que viven en el extranjero; o el comprar únicamente

trajes y muebles salidos de nuestras fábricas; o el rechazar por completo las materias e instrumentos que fomentan el lujo extranjero; o el curar a nuestras mujeres de los gastos que hacen por orgullo, por vanidad, por ociosidad y en el juego; o el introducir la economía, la prudencia y la templanza.

Que no me prediquen más el amor a nuestro país, que nos hace mucha más falta que a los lapones e incluso que a los tupinambos; o el acabar con nuestras animosidades y facciones y no hacer como los judíos, que se degollaban entre sí en el mismo momento en que su ciudad era tomada; o la prohibición de vender nuestro país y nuestra conciencia por nada; o el recomendar a los propietarios que tengan por lo menos un adarme de misericordia para sus colonos; o, por último, la introducción de un poco de honradez, de industria y de maña en el espíritu de nuestros tenderos que, si se les prescribiera la obligación de vender solamente nuestras mercancías, se pondrían en seguida de acuerdo para engañarnos y estafarnos en el precio, la medida y la calidad, pues aún no han podido decidirse nunca a comerciar lealmente, a pesar de frecuentes y apremiantes invitaciones a ello.

Por todo lo cual, que nadie me hable de semejantes expedientes y otros parecidos, hasta que haya por lo menos alguna vislumbre de esperanza de que se intentará ponerlos en práctica de todo corazón y sinceramente.

En cuanto a mí, cansado de ver cómo durante largos años se amontonaban los proyectos fútiles y ociosos, desesperaba del éxito. Felizmente se me ha ocurrido esta proposición que, además de tener el mérito de la novedad, ofrece algo sólido y real, no acarrea gasto alguno, exige pocos cuidados, está enteramente al alcance de nuestros medios y no nos expone en modo alguno a ser desagradables a Inglaterra.

Declaro, con la mano en el corazón, que no persigo el menor interés personal al trabajar para el éxito de esta obra necesaria. No me animan otros móviles que procurar el bien de mi país, fomentar el progreso del comercio, asegurar la suerte de los niños, aliviar a los pobres y proporcionar deleite a los ricos. No tengo hijos de los que pueda sacar ni un maravedí, pues el menor tiene nueve años, y mi mujer ya no tiene edad de darme más.

Jonathan SWIFT.

El problema de España y la situación internacional

Ratificación de principios

ANTES de entrar en materia, queremos ratificar nuestras convicciones libertarias. Para nosotros, el Estado sigue siendo lo que Marx llamó « una superestructura parasitaria », y, como decía Nietzche, « el más frío de los monstruos ». En toda la Historia, el Estado nos aparece no solamente como el instrumento de opresión de una clase por otra, como reza la doctrina marxista, sino como una fuerza de explotación y coacción de la sociedad, que, según sus intereses, apoya a una clase u otra, pero en forma predominante a la más poderosa, mientras ésta no le amenaza, y a fin de apoyarse a su vez en ella. El Estado tiene vida propia, independiente de la de las clases sociales en las cuales se divide, comúnmente, a las poblaciones, y, desaparecidas estas clases sociales, el Estado tiende siempre a afirmarse, a extenderse, a explotar y a oprimir a la nación y al pueblo, a constituir clases nuevas. Cada vez más, la clase del Estado gravita entre la clase poseedora y la desheredada.

Nada de las doctrinas anarquistas ha de ser rectificado al respecto, porque todos los ejemplos históricos, incluso los más recientes, las confirman. Y si algunos piensan echar a un lado las enseñanzas de nuestros grandes maestros, no será, por cierto, apelando a los hechos más sobresalientes de la historia humana.

El problema actual

Pero — desgraciadamente hay peros —, nos encontramos hoy ante una situación en la cual el movimiento lo libertario de España debe adoptar una actitud hasta cierta punto inédita. No es que nos agrade abandonar, siquiera circunstancialmente, parte de nuestros postulados. Pero hay que plantear, en forma realista, el problema actual, tal como se presenta desde el punto de vista político internacional.

La caída de Franco ha de ser resultado de la voluntad y la acción de las grandes potencias extranjeras. Nadie puede, sensatamente, pretender que el opresor de España será echado del Poder por nuestra fuerza. Porque, cuando se procede al recuento de esta fuerza, comprobamos que nos faltan los elementos sin los cuales, bien lo hemos visto ayer, los peores triunfan a pesar de que los vencidos tengan razón.

América central nos ha dado recientemente el ejemplo de dictadores que se han mantenido hasta la muerte en el Poder. Es el caso de Gómez en Venezuela; es el caso de otros. Getulio Vargas, dictador despótico del Brasil, está al lado de los aliados y esto lo hace respetar por ellos. Muchas naciones europeas — Polonia, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, y hasta cierto punto la misma Italia —, nos prueban que un dictador puede mantenerse casi indefinidamente, contra la voluntad del pueblo, hasta que la muerte o circunstancias internacionales modifican la situación. Mal que nos pese, Franco no se irá por la sola presión que nosotros podamos ejercer sobre él. Y aun cuando tuviéramos fuerza para emprender la lucha, nuestro triunfo estaría condicionado por la actitud de las naciones dueñas de los destinos del mundo. Conviene recordar que ayer hemos perdido la guerra por razones internacionales. España, lo mismo que cualquier otra nación del globo, y sobre todo cualquier nación pequeña — veinticuatro millones de habitantes sobre dos mil quinientos millones —, no puede vivir aislada, ni es libre de hacer lo que quiera.

La actitud de Londres, Washington y Moscú determinará el futuro del país. Lo primero que debe hacerse es procurar que esta actitud, especialmente la de las naciones que geográfica y económicamente tienen más interés en España: Estados Unidos e Inglaterra, sea favorable al derrocamiento de Franco.

Nuestra actitud

Y para que estas naciones se decidan a echar a Franco, es necesario que los adversarios de Franco les inspiremos una confianza mayor que la que Franco les puede inspirar. Los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra son capitalistas. Indudablemente, Roosevelt se inclina hacia una política social que, si se quiere juzgar desapasionadamente, es más favorable al pueblo que al capitalismo (no en balde los grandes trusts le han combatido y le siguen combatiendo sin descanso), y sus discursos sobre el problema social en estos últimos años refrendan su actitud, no sólo en lo que a Estados Unidos se refiere, sino igualmente al resto del mundo. Es también indudable que la opinión pública británica evoluciona hacia una política social y liberal, nacional e internacional, cada vez más audaz. Pero, entre esta política y nuestras ideas, hay todavía enorme diferencia.

Si nosotros proclamamos, lisa y llanamente, que vamos a realizar la revolución social, si aparecemos como una fuerza capaz de trastornar para este fin la vida pública del país, es candidez suponer que los gobiernos capitalistas, aun liberales, van a echar a Franco para facilitar nuestro triunfo. Entre el comunismo libertario y Franco, los políticos anglo sajones, los franceses, y los demás, preferirán a Franco.

Crear, pues, que éste será derribado por nuestras solas fuerzas, es un error. Creer que se nos ayudará a derribarlo para dar paso a lo que propugnamos, es otro error. ¿Debemos resignarnos, por tanto, a que Franco, como Gómez en Venezuela, se muera en el Poder?

Por mucho que nos disguste, es preciso plantear el problema con claridad, y adoptar una actitud que compagine con las posibilidades internacionales.

Argumentos falsos

Muchas personas creen y afirman que si Estados Unidos e Inglaterra nos ayudaran a derribar a Franco, no sería sino porque sus intereses políticos y económicos los moverían a hacerlo. A primera vista, este argumento parece justo. Es verdad que, en la inmensa mayoría de los casos, éstas son las razones o causas que guían a los Gobiernos.

Pero, lejos de favorecerlos, la salvaguardia de esos inte-

reses se vuelve contra nosotros. ¿Qué intereses materiales tienen en España Inglaterra y los Estados Unidos, o el capitalismo de esos países, que Franco amenace más que nosotros podríamos amenazar? ¿Va él a atacar a los capitalistas que pueden barrerlo de un momento a otro?

Desde el punto de vista político internacional, Franco concede también a Estados Unidos e Inglaterra todo cuanto quieren. Alemania vencida, la rivalidad se mantendrá entre Rusia e Inglaterra, al lado de la cual estarán los Estados Unidos. Y en esto también, el régimen franquista será una garantía absoluta para estas naciones de que, en esta parte del Mediterráneo, Rusia no podrá ejercer su influencia.

Tal es la realidad cruda, simple, escueta, la realidad despojada de lirismo y de frases impresionantes.

En ese caso, se preguntará, ¿qué interés tienen las naciones anglo sajonas en derribar a Franco?

Y fuerza es contestar que sólo un interés moral. Interés moral que primero ha de venir de los pueblos, inglés y norteamericano, y de los otros países que pueden pesar en el mundo. En segundo lugar, de los partidos y de los Gobiernos que tienen aversión al fascismo, que tienen un verdadero espíritu liberal. Pero son los gobernantes quienes, en última instancia, toman las decisiones y las hacen ejecutar. Y estas razones morales, las únicas que militan a nuestro favor, pueden ser muy poca cosa en el juego de la política internacional. Si contrariamos el ánimo de los que vacilan entre las razones morales y las razones políticas y económicas, no es imposible que aquéllas se vuelvan totalmente nulas.

Nuestra política

En la actualidad, las palabras, y los actos, deben medirse, y si tenemos en verdad interés en que el fascismo sea barrido de nuestro país, no podemos ni debemos arremeter contra todo y contra todos.

Si las naciones de las cuales depende nuestra suerte, naciones en las cuales se están realizando reformas sociales importantes, y que aceptarán también que nosotros realicemos las nuestras, incluso por los caminos que nos sean propios, restablecen en España el régimen republicano, tendremos que contemporizar con él. De lo contrario, la intervención armada de las naciones aliadas se produciría inmediatamente, como en Bélgica, como en Grecia, con la aquiescencia y muy probablemente la participación activa de Rusia, que vendría a «restablecer la democracia».

La política internacional es hoy una política de acción. Durante varios años quedarán en Europa ejércitos anglo americanos dispuestos a intervenir contra los movimientos armados de la derecha y de la izquierda. De acuerdo con lo convenido entre Estados Unidos, Inglaterra, China y Rusia, se va a constituir un ejército internacional encargado de defender la paz y de intervenir en cualquier nación cuando esté amenazada. Habrá, ahora, mayores posibilidades de irrupción directa que antes. Ayer, la opinión pública, que pesa en Inglaterra y los Estados Unidos, podía oponerse a una expedición en otro país, y ni Francia ni Inglaterra habrían enviado ejércitos para aplastar nuestro movimiento en España. Mañana, esta opinión no podrá hacer nada, porque las tropas estarán en el continente, siempre dispuestas para la acción, y los tanques pesados, que marchen a ochenta kilómetros por hora, estarían en Madrid antes de que la Prensa de Londres o de Nueva York pudiese dar la noticia de su salida. No podemos, pues, pretender hacer, cuando volvamos a España, la revolución social integral. Estamos obligados a esperar tiempos más favorables, y a preparar esos tiempos. Entre tanto habrá que desempeñar el papel más eficaz que nos sea posible, dentro de los límites que las circunstancias impongan. Es todo, y no es poco. La puerta del porvenir estará siempre abierta, una vez Franco derribado.

ROBERTO.

Notas

Flecha descarriada

Entre los libros publicados en los últimos tiempos contra las teorías más o menos socialistas que tenían curso en vísperas de la guerra, figura en lugar eminente *Le Socialisme*, de Ludwig von Mises. Se juzgará del valor de los demás si se dice que éste, destacado, es flecha que falla el blanco.

Le Socialisme es, ante todo, un libro pedante. El autor nos repite a cada paso que habla en nombre de la ciencia, y sólo de la ciencia, y por cada argumento científico esgrime noventa y nueve que son puros prejuicios. Decir, por ejemplo, que los sindicalistas son una *horde de pillards*, no es un argumento científico, es una grosería. Un sindicalista malhumorado diría de él, con mucha más razón, que es un *perro guardián del capitalismo*, como dijo de un von Mises compatriota suyo, si no me engaño, el sindicalista inglés Cole.

Es de presumir el desdén con que el sindicalista Sorel, a tantos codos por encima de von Mises como moralista y como escritor, habría leído el libro donde se hacen semejantes afirmaciones. Otro viejo sindicalista, Arturo Labriola, había deshecho ya, por lo demás, en su libro *Le Crépuscule de la Civilisation*, cuanto von Mises sostiene en el suyo.

La obra de von Mises es, más que una crítica del socialismo, una defensa del capitalismo, pero, tan poco inteligente, que llega a poner por encima de Kant, porque favorece su tesis, a Benthan, Stuart Mill y Feuerbach: ¡Nada menos!

Esta no es, por otra parte, la cosa más divertida que se encuentra en el libro de von Mises. La confusión, en montón, de ideas con las que les son más dispares, se repite en cada capítulo. Y no digamos nada de las contradicciones. Las hay a millares a lo largo de las 600 páginas de la obra. En una ocasión afirma que ningún gran escritor del siglo XIX era

enemigo del capitalismo. Cita, en apoyo de su afirmación, a Maupasant, Flaubert, y no recuerdo ahora qué otro. En fin, autores que nadie juzga ya grandes. A renglón seguido, después de haber afirmado —las afirmaciones no escasean, y siempre en nombre de la ciencia— que los escritores enemigos del capitalismo eran todos mediocres, tiene que nombrar a Hauptmann, el gran dramaturgo alemán, a Dickens, el gran novelista inglés, y a Tolstoi, el más grande escritor de los últimos tiempos. Claro está que la ciencia de von Mises puede juzgar a Maupasant o Flaubert más grandes que Tolstoi, porque nadie puede impedir que haya una ciencia ridícula. En otra ocasión dice que el sindicalismo no ha alcanzado jamás ninguna mejora para los trabajadores, y poco después sostiene que el paro obrero es debido principalmente a que el sindicalismo mantiene los altos salarios. Etcétera, etc.

Acusa von Mises a los socialistas de eludir todos los problemas, y elude él, invariablemente, cuantos le surgen contrarios a su propósito. En estos casos, y son multitud, sale del paso diciendo: el capitalismo no es responsable. A su juicio, el capitalismo no es responsable de nada. Nada ha aparecido en la Historia tan puro. No tiene ni un defecto. Es no comprender apenas la realidad. Su defensa del capitalismo carece, por esto, aun en lo que es certera, de valor. Von Mises compromete, en el fondo, su causa. Tanto, que a veces se siente la tentación de ayudarle.

A pesar de esa falta de defectos del capitalismo, sostenida venga o no a cuento, confiesa que la propiedad, que es lo que más defiende, hasta el punto de llegar a la impertinencia, es la obra de una *horde de pillards*, que de la violencia hicieron derecho. Después de eso, no sé cómo se puede negar el derecho de ser destruccinistas —llama así a los enemigos del capitalismo— a los que creen poder sustituir el capitalismo por algo mejor. El destruccinismo del capitalismo le parece admirable, hasta en sus peores aspectos, y el de los enemigos del capitalismo la juzga criminal, cuando menos. Sencillamente ridículo.

El descubrimiento que hace von Mises de que el socialismo es imposible porque no tiene una contabilidad, no puede tomarse en serio. Ha habido muchas civilizaciones que no tenían contabilidad y han vivido. La civilización china, por ejemplo, que ha durado más que todas, y que en muchos aspectos era superior a la civilización capitalista, no tenía contabilidad. Por otra parte, tal como von Mises la concibe, bastaría al socialismo conservar la moneda para salir adelante. Eso prueba la insignificancia del argumento. Y en rigor, hay muchas teorías socialistas que la conservan. En el fondo, la argumentación en torno a todo esto es tan pobre, que hace recordar la anécdota de aquel explorador inglés que descubrió una isla en el Pacífico y que, a su vuelta a Londres, fué a visitar al profesor de geografía más célebre para darle cuenta de su descubrimiento. El profesor le escuchó con mucha atención, consultó después los mapas y acabo por decirle: « Es imposible. La isla que usted ha descubierto no existe. No está en el mapa ». Para von Mises, que confunde civilización con capitalismo, que lo juzga todo desde el punto de vista del capitalismo, para quien no hay otra civilización posible que la del capitalismo, que parece ignorar que han existido otras civilizaciones, no siempre inferiores a la civilización capitalista, todo lo que no es capitalismo no está en el mapa.

Es posible, es casi seguro, como von Mises afirma, que la implantación del socialismo traería consigo una miseria general. El capitalismo, el verdadero capitalismo, al implantarse, trajo también consigo una miseria

general, realmente espantosa. Los von Mises de la época decían que aquello era el fin del mundo. Es imposible, afirmaban, que eso perdure. Para de Maistre, Bacon, padre filosófico del capitalismo, era un monstruo. Mucho más, por tanto, de lo que son los teóricos del socialismo para von Mises. El capitalismo ha vivido, sin embargo. Ha hecho sus pruebas, como dice von Mises. ¿Quién puede asegurar que el socialismo no viviría también? ¿Que después de la miseria general de los primeros tiempos no superara esa etapa e hiciera también sus pruebas? Los argumentos de von Mises no descartan esa posibilidad. Podría suceder que los hombres consintieran de buen grado en vivir pobremente con la esperanza de un porvenir mejor. Y que esa esperanza, haciéndoles soportar todo, trajera realmente ese porvenir mejor. Podría suceder que esa esperanza les hiciera soportar hasta la falta de libertad. Y ahí está el verdadero peligro de ciertas formas del socialismo, peligro que von Mises no ve tal como es. Inútil decir por qué. La libertad, para todos los von Mises habidos y por haber, es tan poco deseable como el socialismo. Podría suceder que el socialismo trajera, después de la miseria de los primeros tiempos —en la que ya casi estamos—, un bienestar general relativo, pero que este bienestar reposara en una nueva forma de esclavitud. Sólo ante este peligro se pone pie en terreno firme frente a algunas concepciones del socialismo. Porque el socialismo sin libertad merece, con el capitalismo, ir a hacer compañía a todas las civilizaciones que han perecido. Todo el bienestar que trajera el socialismo basado en la esclavitud sería despreciable. El bienestar es, sin duda, importante, pero lo principal es la libertad. Digámoslo de otro modo: la dignidad.

En su defensa del capitalismo, más que crítica del socialismo, von Mises no se ha asomado, ni por error, a esta ventana. La única por donde entra la luz a raudales. — D.

Hombres y libros

Quando, en el intervalo que va de la vejez a la muerte —si place al Destino imponérmelo —, vea declinar mis facultades y alejarse de mí, poco a poco, basta el deseo mismo de una posible acción, me quedará, lancinante, el pesar de los libros que no he leído y de los hombres que no he llegado a conocer.

Hay libros —y hombres— que nos atraen porque llevan en sí nuestro pensar y nuestro sentir. Otros que nos son gratos porque nos descubren un mundo nuevo y nos abren horizontes hasta entonces desconocidos. Algunos que, sin llevar en sí nada que nos pertenezca, sin evocar nada que gracias a ellos nos pueda pertenecer, concretan nuestro pensar presente o inspiran nuestras concepciones futuras. Su lectura —su conversación— da forma consciente a las mil ideas que hasta entonces flotaban imprecisas y les imprime, al mismo tiempo, una nueva dirección. De ahí que ciertas lecturas —y ciertas conversaciones— sin quizás aportar en sí nada nuevo, séannos altamente beneficiosas, como medio cristizador y de inspiración.

Hay quien afirma que no hay libro malo, es decir, que en todo libro malo hay algo bueno. Es posible, para quien sabe discernir sus lecturas. De igual forma, no hay malas compañías, para quien sabe separar el trigo del rastrojo. Por mi parte, confieso que más de una vez he debido a un

mal libro la tranquilidad de espíritu necesaria para más arduos problemas, o el derivativo que haciame falta para dormir sin soñar. Y recuerdo haber hallado, en una novela policiaca, de autor desconocido, la más acertada parodia del nazismo que cabe imaginar. Igual me ha sucedido con las « malas compañías ». Aunque parezca paradójico, en los peores momentos de nuestros destierro, he debido a « malas compañías » el consuelo humano que mis propios amigos no han sabido o querido prestarme. Mientras que algunos libros llamados buenos, cuyos autores figuran en todas las antologías, me han fastidiado hasta tal punto que me han dado ganas, para distraerme, de hacer alguna barbaridad. Y en lo que a las « buenas personas » se refiere, prefiero no hablar. Me parece notar, todavía su hábito maloliente.

No hay libros malos y libros buenos. Como no hay hombres buenos y hombres malos. Hay libros —y hombres— que nos interesan y otros que nos fastidian. Podría decir, al respecto, que sólo me interesan realmente aquellos que algo pueden enseñarme. Pero, para mayor exactitud, prefiero afirmar que sólo me atraen aquellos que algo me pueden dar. Partícula de afecto o átomo de sabiduría. Destello de belleza o chispita de arte. O aquellos que algo pueden inspirarme, siquiera la sonrisa fugitiva que despierta en los seres sensibles la mirada de un niño o el acierto fulgurante de una frase.

Para poder juzgar libros y hombres, precisa cierta experiencia. Pero más, todavía, a mi entender, es necesario un caudal infinito de intuición y de amor. La cultura, aun profunda y extensísima, y el más científico conocimiento de la psicología, serán inútil bagaje para comprender ciertos libros y descifrar ciertos caracteres. Es más. Hay libros para cuya comprensión la cultura es casi un obstáculo, y seres cuyas características psicológicas sólo volviendo a la infancia nos sería posible asimilar. Pues el conocimiento marchita, harto a menudo, la frescura de juicio inicial que fue privilegio de nuestras primeras lecturas, y cambia en desconfianza el impulso que primitivamente hubiéranos llevado hacia ciertos seres.

A medida que aumenta nuestra experiencia, libros y hombres interesarnos con menos facilidad. Llega un momento en que, sin dejar, por ello, de atraernos, y quizás más intensamente que nunca, la mayor parte de los libros —y de los hombres— apenas nos inspiran el deseo fugaz de conocer unas páginas —unas características psicológicas—. Nuestro juicio hácese más severo. Nuestro interés es menos general, aunque más intenso, al particularizarse. Casi diría que dejan de interesarnos los libros a medida que nos interesan más y más ciertos libros. Los hombres, según van atrayéndonos ciertos hombres.

Muchos —libros y hombres— nos fatigan desde las primeras líneas —desde la primera conversación—. Algunos, obligannos a saltar páginas y páginas —entrevistas y entrevistas— antes de hallar en ellos materia de interés, y aun éste es circunstancial y pasajero. Páginas leídas al azar de un viaje. Encuentros fortuítos, producto más de nuestra indolencia que de nuestro deseo.

Pocos, muy pocos — en comparación, desde luego, con la cantidad innumerable de volúmenes escritos, de hombres en circulación —, inspirannos el deseo de conservarlos, aun en el caso, poco frecuente, de que nuestra curiosidad nos haya llevado hasta el capítulo final. Y aun eso sucede, algunas veces, con los libros. Poquísimas, con los hombres.

Menos, todavía — libros y hombres —, dejan huella de su paso, y sólo alguna que otra vez llegan a influir en nosotros profundamente. Y eso sucede algunas veces con los libros, sobre todo con aquellos leídos durante

nuestra época de formación. Rarisísimamente, con los hombres. Aun con aquellos que más posibilidades tenían de marcar rumbo a nuestra infancia o nuestra adolescencia; nuestras padres y nuestros maestros. Si tenemos en cuenta la cantidad de educadores que precisa soportar, desde las primeras letras, y la, todavía mayor, de libros y libracos devorados durante, por lo menos, la primera parte de nuestra existencia, nos parecerá imposible que tan pocos — relativamente — hayan dejado vestigio en nuestra mente o en nuestro corazón. Y si a ello añadimos las múltiples relaciones entabladas al azar de los viajes y de la vida social, los muchos libros leídos porque sí, de cuyo título apenas nos acordamos, convendremos en que, aparte un número reducido, el resto nos ha sido de poca utilidad. Y en este resto hállese comprendida una gran parte de nuestros libros de estudio. En lo que a los hombres se refiere, el porcentaje es mucho más limitado.

Algunos — libros y hombres — pásannos inadvertidas, por haber caído en nuestras manos — o en nuestra ruta — en un momento inoportuno, cuando otro libro — u otro ser — retenía nuestra atención. Otros, habiéndolos leído, nos quedarán desconocidos, pues razones a menudo fútiles o injusta prevención extravían nuestro juicio y nos los hacen comprender mal. Quizás, alguno que otro, sea realmente harto complicado para nuestras facultades del momento y, como la « Crítica de la Razon Pura », de Kant, para quien desconoce la metafísica, un Casanova, para el que no gusta de aventuras, o una Sta. Teresa de Jesús, para el que desdeña el misticismo, escape a nuestras posibilidades de comprensión. Así, pues, salvo para algunos seres excepcionales, de tan amplia cultura como facultades diversas, es inevitable que ciertas obras literarias, como ciertos tipos humanos, acaso del más alto valor, queden para siempre ignorados.

Hay libros leídos demasiado deprisa — seres examinados con harta rapidez —, que nos dejan la sensación de que acaso hubiéramos podido descubrir en ellos un tesoro, de haberlos analizado cuidadosamente. Quizás, por el contrario, un estudio más profundo hubiéranos revelado que nada interesante contenían, pero gozan del beneficio de la duda y con él de cierto prestigio que les presta nuestra imaginación. En caso parecido se hallan los libros que nos han atraído en el escaparate del librero o en la biblioteca del amigo — los hombres encontrados en el metro, en el paseo o en el restaurant —, a los que la imposibilidad, acaso momentánea, de su conocimiento presta una aureola de nostalgia. Lo mismo sucede, aunque con menos intensidad, con los libros — y los hombres — de que nos han hablado y que, tras haber despertado nuestra curiosidad, han seguido siéndonos desconocidos.

En general, conviene dejar pasar cierto tiempo y proceder, por lo menos, a una segunda y más reflexiva lectura antes de sentar juicio definitivo sobre un libro determinado. Acaso con los hombres suceda algo parecido. Pero un amigo mío afirma — y es muy posible que tenga razón — que es preferible, para mejor conservar la poesía del recuerdo, no releer ciertos libros que fueron el encanto de nuestra adolescencia, ni volver a ver a ciertos hombres, recuerdo maravilloso de nuestra juventud.

A. M.

Una definición del capital

Muchas, si no todas las dificultades que impiden la solución de los actuales problemas sociales y económicos, proceden de erróneas nociones e imperfectas definiciones del *capital*.

Si los que estudian la agitación mundial quieren ir al fondo de la cuestión, tienen que buscar y hallar una definición mejor del capital que las suministradas por los antiguos tratadistas de economía. En el ánimo de un creciente número de cuidadosos observadores del capital ya no se ajusta a su vieja definición de «trabajo acumulado», «el resultado del ahorro» o «aquella parte de los productos del trabajo que se destina a hallarle empleo al trabajo futuro».

En nuestra generación hemos presenciado demasiados casos de acumulación de grandes caudales sin el gasto de ningún esfuerzo por parte de los propietarios de dichos caudales. Y por exactas que hayan sido las definiciones dadas del capital en los días en que éste estaba en su infancia y cuando la riqueza acumulada era el resultado directo de años de rudas faenas y vivir abstemio, ha llegado la hora en que las antiguas definiciones ya no sirven, porque muchas fortunas se hacen en sólo una noche, sin ninguna labor apreciable por parte de sus nuevos poseedores.

De aquí que los observadores modernos no puedan aceptar las gastadas definiciones del capital que fueron suficientes durante un más primitivo y simple (menos complejo) orden económico. La más leve inspección de la historia de las grandes fortunas indica que el capital moderno comenzó, en muchos casos — en muy numerosos casos —, por el fraude y la opresión, y que nada absolutamente tiene que ver con la economía ni con un gran esfuerzo físico por parte de sus primitivos poseedores.

Esmeradas investigaciones han demostrado hasta la saciedad que la historia del capital está inseparablemente asociada a la vieja práctica de explotación de los más débiles por los más fuertes y menos escrupulosos miembros de la sociedad. No existe una sola fortuna hoy día en la cual no se pueda descubrir la riqueza amasada a expensas de la salud, de la inteligencia y del vigor de generaciones de ignorados trabajadores.

El capital moderno, representado por las máquinas, los muelles, ferrocarriles, acueductos y millones de cosas más, de carácter industrial y mercantil, cuando se le mira atentamente, representa siglos de trabajo no remunerado. El capital moderno es la aglomeración del trabajo no pagado de innumerables millones de seres, que han trabajado, sufrido y muerto, desde los comienzos de la sociedad humana, bajo el látigo de la necesidad y la garra cruel de los más astutos y brutales miembros de la especie.

Esa parte de la producción que el trabajador ganó, pero no recibió, puede considerarse legítimamente como la base del capital moderno. Vistas las cosas a la luz de la verdad, ¿quién puede reclamar la propiedad de algo con sólo una partícula de justicia de su parte? La historia del capital, desde sus oscuros y remotos orígenes, ¿no está empapada de la sangre, del sudor y de las lágrimas de innumerables millones de trabajadores que nunca recibieron más que una mísera ración para sostener su vida, en tanto que sus explotadores nadaban en la abundancia con lo que les arrebatában por la astucia? Aún hoy se descubre por todas partes la misma descarada explotación. Los propietarios del capital moderno alquilan el trabajo al precio más ínfimo para obtener los mayores beneficios. Si un

negocio produce dinero después de pagar los gastos, el « propietario » tiene derecho a ese dinero, nunca los trabajadores. Este capital acumulado, fruto del negocio, es casi siempre vuelto a invertir para que gane a su vez nueva renta, todo lo cual, como se ha visto siempre, sólo significa que el trabajador es sometido a una tributación acumulada en beneficio exclusivo del capital.

Como todo el mundo sabe, el capital por sí mismo es una cosa muerta, estática e inerte, incapaz de producir nada. La maquinaria y la materia prima que el capital posee sólo pueden producir cuando interviene el trabajo humano. El trabajo, y nada más que el trabajo, labora, gana y produce. El capital nunca produjo nada y por sí mismo nunca producirá nada. En realidad, el capital no es más que un hurto de trabajo, en último análisis. — P. H. D.

El Sindicato

¿Qué es el Sindicato? ¿A qué hombres se dirige? ¿Qué instituciones organiza? ¿Qué finalidad persigue, y por qué medios?

El Sindicato es « una asociación de trabajadores unidos por el lazo corporativo »; es la agrupación de los productores de un mismo oficio o de una misma industria. El capitalismo acerca a los obreros en sus manufacturas y en sus fábricas; prepara y facilita la unión de los trabajadores. El Sindicato es el resultado necesario de la evolución histórica; tiene su razón de ser en el mecanismo de la producción. Agrupa intereses idénticos, participa de la vitalidad y, por decirlo así, de la solidez de los instintos; todas las demás asociaciones sólo agrupan opiniones análogas; se desagregan desde el momento en que cambian las impresiones tan movedizas de los espíritus.

El Sindicato llama a todos los trabajadores de la industria, del comercio, del campo; a los asalariados de las empresas privadas y a los asalariados del Estado; a todos los que no se resignan a la miseria y quieren terminar con la explotación del hombre por el hombre. Sus filas acogen a todos los « explotados » sin distinción de opiniones políticas o religiosas. Es una unión de libertades; realiza « el acuerdo libre » de voluntades, « el acuerdo para la lucha ». Mientras que en el Estado burgués, donde los intereses se oponen, la libertad de cada uno tiene por límite la libertad del prójimo, en la agrupación corporativa, donde los intereses son idénticos, « la libertad de cada uno aumenta al contacto de la libertad ajena ».

El Sindicato, asociación de productores, sólo rechaza a los no productores, a los parásitos. Los burgueses, los intereses burgueses, las ambiciones y las vanidades burguesas, penetran hasta en los partidos políticos que se intitulan obreros: la organización sindical, que une sólo a los trabajadores, elimina automáticamente a los ociosos de la clase hostil. Por eso es la única agrupación capaz de llevar a cabo la lucha de clases con una perfecta franqueza y un ímpetu invencible.

En rigor, el Sindicato no agrupa, de ordinario, sino a una minoría de audaces. ¿Van a esperar los militantes, para obrar, a haber hecho partícipes de sus ideas a la mayoría de los camaradas de la corporación? No se dejan engañar por el sofisma democrático de la igualdad de todos los hombres; se guardan de aplicar al dominio económico los prejuicios de los



políticos. « La lógica de la vida les arrastra a la acción ». Desdeñan la opinión de los « inconscientes », de la masa apática y cobarde. El hombre libre, aun solo, tiene razón contra la muchedumbre esclava; su derecho a la rebelión es imprescriptible. Los « inconscientes » no tienen por qué indignarse de la tutela moral que ejercen sobre ellos los « conscientes »; ¿ quién les impide sacudir su inercia y adherirse al Sindicato ? ¿ No gozan de todas las ventajas conquistadas por los militantes ? Para mejorar la situación de todos los trabajadores, de los no sindicados e incluso de los « esquirols », los sindicatos gastan su dinero, su tiempo y sus fuerzas. El Sindicato lucha contra el capitalismo en nombre y por interés de toda la clase obrera, organizada o no; es justo que teniendo la responsabilidad del combate, tenga el mando de las tropas. Lo que los burgueses llaman « tiranía sindical » es la dirección de los mejores. La organización sindical produce una aristocracia nueva, un núcleo de obreros instruidos por la lectura, la discusión y la acción, una minoría de individualidades fuertes, dignas de administrar y de dirigir.

Al antiguo derecho democrático se opone el nuevo derecho sindical. El derecho democrático es « la expresión de las mayorías inconscientes que forman bloque para ahogar a las minorías conscientes »; oprime a los hombres que piensan y son libres, sanciona la esclavitud económica y « las luchas fratricidas ». El derecho sindical afirma la soberanía del individuo, « la autonomía del ser humano », y al mismo tiempo el acuerdo para el combate social y la más amplia fraternidad. De ahí, « la belleza » del sindicalismo. « El movimiento obrero lleva en sí los destinos del porvenir... Sólo en él reviven los elementos eternos de la cultura : el sentido de la dignidad, el gusto de la libertad, el espíritu de independencia, de sacrificio y de lucha. Allende las ruinas de la decadencia burguesa, es el depositario de los sentimientos sublimes que sostienen el mundo y el guardián heroico de la civilización. — F. Ch.



En breve

La Editorial del Movimiento Libertario Español

(E. M. L. E.)

Publicará

LA REVOLUCION

por Gustavo Landauer

y

Del Principio Federativo

por P. J. Proudhon

E. M. L. E. TOULOUSE